

## SAN ROMUALDO, ABAD Y FUNDADOR

(Se conmemora el 19 de junio)

Romualdo nace en Ravena de familia ducal hacia mediados del s. X, se hace monje en San Apolinar in Classe «no antes del 973» e inicia después una vida marcada por una continua e inquieta itinerancia en busca de experiencias cada vez más perfectas de vida solitaria. Sin embargo, no se desentende de la vida eclesial y, en concreto, de la monástico/eremítica de su tiempo. Discípulo primero de un cierto Marino, hombre piadoso pero sin demasiada *discretio*, en la zona pantanosa veneciana, en el 978 deja Venecia, adonde se había trasladado con dicho Marino, y se dirige a San Miguel de Cuxá, el famoso monasterio de los Pirineos orientales dependiente de Barcelona, junto con una singular compañía de nobles ascetas. Es probable que el intento de Romualdo de elaborar, a lo largo de toda su vida, un modelo eremítico «discreto» y racional, es decir, que evitase los excesos incontrolados aun conservando una libertad carismática, tuviese sus raíces en las incongruencias de la vida anacorética de Marino.

En Cuxá aparece la figura de Romualdo como líder: se dedica al trabajo manual con Juan Gradenigo, lee las *Vitae Patrum* y las *Conlationes* de Juan Casiano y, por último, se encamina, con este acervo de conocimientos patrísticos, hacia una forma de *rationabilitas* eremítica.

Regresado a Ravena porque su padre, Sergio, había abandonado la vida monástica, Romualdo le obligó a regresar al monasterio de San Severo in Classe con una inaudita violencia, típico ejemplo de autoridad «filial», y transcurrió después un período en la zona pantanosa de Classe, trasladándose por fin al monasterio de San Miguel de Verghereto, en el monte de Bagno de Romagna.

El intento del emperador Otón III, que se sentía atraído por el rigor eremítico de Romualdo, de alejarlo del Pereo y hacerlo abad de San Apolinar in Classe no tuvo

éxito: tras una dura lucha, sostenida para reconducir a los monjes a una vida austera, Romualdo hubo de constatar el fracaso de su experiencia y, en presencia del arzobispo de Ravena y del emperador, arrojó la vara abacial, renunciando de este modo a un cargo que, si por un lado amenazaba con corromper su perfección, no contribuía por el otro a mejorar el comportamiento de los monjes que se le habían confiado. En 1023, o poco después de 1023, fundó en **Camaldoli**, en la tierra del obispo de Arezzo Teodaldo, algunas celdas eremíticas. Habiendo ido al monasterio de Val de Castro, entre Ancona y Macerata, murió en una celda eremítica, solo y en silencio, el 19 de junio de 1027 o un año más tarde.



El significado profundo de la figura de Romualdo estriba, si no nos engañamos, en su inquietud interior y en la continua búsqueda de una perfección más alta, que se concretaba, como en el caso del éxtasis istriano, en un dulce coloquio con Dios y en particular con su hijo, Jesucristo. La vida de Romualdo es un continuo llamamiento a la libertad espiritual, a la superación de los estrechos confines de las presuntas seguridades. Esta implicación existencial, esta «teología de la inquietud» conecta con una fuerte atención al significado espiritual de la oración.

En un momento histórico en el que la atención al oficio litúrgico era a menudo de carácter meramente cuantitativo, la atención a la interioridad y a la dimensión espiritual, cualitativa y no meramente cuantitativa, de la oración constituía una preocupación constante en su conversación con los monjes, aunque en las comunidades romualdinas y después damianitas solía usarse con mucha frecuencia el Salterio.

La inquietud del reformador Romualdo está orientada sin duda a la constitución de un mundo eremítico reformado en sentido «racional», en el que sin embargo también el cenobitismo, depurado de sus defectos y reconducido a una vida espiritual más austera, tiene pleno derecho de ciudadanía. De aquí la fecunda contrariedad entre eremitorio y cenobio, entre el Romualdo eremita y el reformador de eremitorios y cenobios.

(Texto de G. Fornasari)

(La pintura es de Guercino, 1641: Romualdo vence las tentaciones)

**SE NEGÓ A SÍ MISMO PARA SEGUIR A CRISTO**, afirma su primer biógrafo San Pedro Damián:

Con frecuencia, era arrebatado a un grado tan elevado de contemplación que, deshecho todo él en lágrimas, abrasado por el ardor inefable del amor divino, exclamaba: «Amado Jesús, mi dulce miel, deseo inefable, dulzura de los santos, encanto de los ángeles.» Y otras cosas semejantes. Nosotros somos incapaces de expresar con palabras humanas todo lo que él profería, movido por el gozo del Espíritu Santo. Dondequiera que aquel santo varón se decidía a habitar, ante todo hacía en su celda un oratorio con su altar, y luego se encerraba allí, impidiendo toda entrada. Después de haber vivido así en varios lugares, dándose cuenta de que ya se acercaba su fin, volvió definitivamente al monasterio que había construido en Val de Castro y allí, en espera cierta de su muerte cercana, se hizo edificar una celda con su oratorio, con el fin de recluirse en ella y guardar silencio hasta la muerte.